

La ficcionalización de la historia.

Un diálogo entre *Lope de Aguirre...* y *El País de la Canela*

Resumen

Este artículo se inserta en el amplio debate acerca del valor del relato ficcional en la comprensión de la historia. Esto implica, entre otras cosas, reflexionar acerca de la construcción de las voces narrativas y la dimensión de las subjetividades ya sea en el discurso historiográfico como en el novelístico. Historia y ficción se juntan en un plano narrativo denominado novela histórica, que tiene entre sus principales características una voluntad interpretativa, una didáctica de la historia no libre de un fuerte componente especulativo. En ese marco, aquí se plantea un diálogo entre dos novelas históricas que reconstruyen dos de los principales viajes de conquista y dominación del continente americano.

Palabras clave: novela histórica, viaje de conquista, país de la canela, conciencia de la historia, voces narrativas, Lope de Aguirre, Pedro de Ursúa

Resumo

Este artigo se insere no amplo debate acerca do valor do relato ficcional na compreensão da história. Isto implica, entre outras coisas, refletir sobre a construção das vozes narrativas e a dimensão das subjetividades, seja no discurso historiográfico como no romanesco. História e ficção se juntam em um plano narrativo denominado romance histórico, que tem entre suas principais características uma vontade interpretativa, uma didática da história não livre de um forte componente especulativo. Neste marco, aqui se plantea um diálogo entre dois romances históricos que reconstróem duas das principais viagens de conquista e dominação do continente americano.

Palabras chave: romance histórico, viagem de conquista, país da canela, consciência da história, vozes narrativas, Lope de Aguirre, Pedro de Ursúa



Gustavo Abad

Ecuatoriano, periodista e investigador de la comunicación. Ha publicado: *El monstruo es el otro: la narrativa social del miedo en Quito* (2005); *Medios y movilidad humana. Pautas para informar sobre hechos migratorios* (2009); *El club de la pelea: gobierno y medios, un entramado de fuerzas y debilidades* (2011); *Ecuavoley: la ovación voluntaria* (2011) y ensayos periodísticos y académicos. Docente de la Universidad Central del Ecuador y de la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador. Candidato a doctor en Literatura Latinoamericana.

Correo:
gabad@ciespal.net

Recibido: enero 2013
Aprobado: febrero 2013



ensayos

En este ensayo expongo un conjunto de reflexiones acerca de los procesos de representación, con sus paralelismos y complementos, en dos obras literarias que ficcionalizan la historia: *Lope de Aguirre Príncipe de la Libertad* (1973) de Miguel Otero Silva, y *El País de la Canela* (2008) de William Ospina.

Entiendo como representación al proceso de construcción simbólica del otro mediante el lenguaje y el discurso. Dicho de otro modo, la representación es el proceso mediante el cual un hablante (en este caso un narrador literario) atribuye ciertas características físicas y mentales, ciertos rasgos culturales, ciertos valores éticos y morales, entre otras cosas, a los protagonistas de su relato.

A modo de estrategia expositiva procuraré ordenar en cuatro temáticas principales algunos contenidos de las dos novelas que permitan visualizar esos procesos de representación así como sus relaciones de paralelismo y complementariedad. Así, propongo las siguientes temáticas: 1. La relación de circularidad entre las dos novelas; 2. La noción de viaje y desplazamiento; 3. La dramatización del dilema ético de la traición; 4. La representación de las multitudes.

Relación de circularidad

En 1541, Gonzalo Pizarro sale desde Quito hacia el Oriente al mando de una desmesurada expedición en busca del País de la Canela, el destino acariciado en los sueños de enriquecimiento de los conquistadores. A ella se suma Francisco de Orellana, quien abandona su cómoda posición de gobernador de Guayaquil para unirse a la aventura. En una encrucijada del viaje, en que las dificultades de la geografía los ponen ante el dilema de regresar o avanzar, Orellana se adelanta por el río en busca de alimentos y nunca regresa. Meses después, descubre el gran río Amazonas. William Ospina (Colombia, 1954) recrea esta historia en *El País de la Canela* mediante el relato o testimonio-ficción de uno de los sobrevivientes de ese viaje.

En 1560, Pedro de Ursúa sale desde el Cusco al mando de una expedición en busca de El Dorado, otro mito para la afiebrada mentalidad conquistadora. En ese grupo viaja también Lope de Aguirre, un soldado inconforme con el ejercicio del poder y el reparto de riquezas en el

entonces llamado Nuevo Mundo. Al igual que la anterior, esta expedición también se encuentra con problemas que la ponen ante el dilema de continuar o regresar. Entonces Lope de Aguirre propicia la muerte de Ursúa y se convierte en el nuevo líder. Cambia el destino de la empresa y, en lugar de ir en busca de aquel reino de oro, se propone un objetivo delirante: regresar al Perú y liberarlo de la tiranía española. Miguel Otero Silva (Venezuela, 1908-1985) recrea esta historia en *Lope de Aguirre Príncipe de la Libertad* mediante un entramado de varias voces narrativas.

Se trata de dos novelas que, por muchos aspectos, terminan dibujando un círculo narrativo, porque el narrador testigo de *El País de la Canela* es un sobreviviente del viaje de Pizarro, que está a punto de embarcarse, dos décadas después, en la expedición de Ursúa, tema central de *Lope de Aguirre...* Dos historias complementarias, que reúnen las principales simbologías de las historias de conquista: el impulso de expansión y dominio; la búsqueda de riquezas y poder; el conflicto ético de la lealtad o la traición, entre otros. Quizá por ello, el cineasta alemán Werner Herzog fusiona elementos de los dos viajes en su película *Aguirre, la ira de dios* (1972) donde predomina una voluntad interpretativa y de representación simbólica de la historia por sobre la fidelidad al dato historiográfico.

a. Conciencia de la historia

Las dos novelas exponen, cada una a su manera, lo que la investigadora venezolana Luz Marina Rivas llama "conciencia de la historia" (Rivas, 2004). Entre otras cosas, esa conciencia se manifiesta en una intención organizadora y evaluadora de los hechos; un impulso de reformulación y de reinterpretación del pasado. Hay en ello una fuerte voluntad argumentativa, una didáctica de la historia.

Rivas propone esta categoría de análisis a partir del planteamiento del filósofo e historiador estadounidense Hayden White, según el cual "Lejos de ser la antítesis de la narrativa histórica, la narrativa ficcional es su complemento y aliado en el esfuerzo humano universal por reflexionar sobre el misterio de la temporalidad..."¹

¹ Citado por Rivas en *La novela intrahistórica...*, op.cit.

Siguiendo el hilo de la misma propuesta, Rivas puntualiza que la textualización o verbalización de la conciencia de la historia en la obra literaria se manifiesta en dos formas reconocibles: 1. El tema principal está centrado en un referente histórico; 2. La presencia de la metahistoria, es decir, de un discurso que reflexiona sobre su propio modo de hacerse.

Podemos decir entonces que, el primer elemento –referente histórico– es claro en las dos novelas: el viaje de conquista. El segundo elemento –metahistoria– se presenta de manera cautelosa en la obra de Ospina, mediante una nota del editor al final. Más explícito resulta en la novela de Otero Silva, quien introduce un amplio e inusual pie de página, en el que reflexiona acerca de su proceso de documentación y defiende especialmente un documento –la carta de Lope de Aguirre a Felipe II– que contiene la declaración de desnaturalización de España así como la declaración de guerra contra el monarca. Otero Silva valora a Lope de Aguirre como un precursor tempranísimo de la independencia americana. (Otero Silva, 1973: 255)

b. Las voces narrativas

En *El País de la Canela*, William Ospina escoge un narrador testigo en primera persona. No se revela su nombre, pero en una nota al final se plantea la posibilidad de que este narrador esté inspirado en la figura de Cristóbal de Aguilar, un personaje, de todos modos, secundario en el proceso de conquista. (Ospina, 2008: 365)

Si bien representa a un personaje de la época, este narrador habla desde un sistema de referencias totalmente contemporáneo. Reflexiona acerca de temas como el poder, la historia, la vida, la muerte, la ética, etc., desde el pensamiento y las preocupaciones actuales. El testimonio mismo es una ficción, una licencia que le cabe al autor como reorganizador de la historia. La subjetividad del narrador corresponde más al tiempo cultural del lector. Hay en ello una asincronía intencional, una coexistencia armónica de mentalidades temporalmente distantes.

Aunque en el texto mismo de la novela (enunciado) este narrador dialoga con

el propio Ursúa y le habla con sentido aleccionador y disuasivo, en el contexto de lectura (enunciación) le habla al lector contemporáneo y le ofrece una explicación de la historia y el trauma de la conquista. En ningún momento se reproducen las condiciones de ese diálogo, ni las preguntas del interlocutor. Tampoco hace falta, pues el acuerdo implícito con el lector es aceptar esa voz monológica, que habla sobre el pasado, pero desde el presente.

Por su parte, en *Lope de Aguirre...* Otero Silva construye, en el conjunto de toda la novela, un entramado de voces narrativas que pueden ser ordenadas en torno a dos principales: a) Un narrador protagonista, que es el propio Lope de Aguirre, incluidas las voces de su conciencia; b) Un narrador omnisciente, que organiza toda la trama y la intervención de otras voces.

Al parecer, Otero Silva pretende hacer una declaración de que la complejidad de los hechos que se propone ficcionalizar no puede ser abarcada por una sola voz, por una sola conciencia. Quizá por ello incorpora también un recurso que llamaremos “coro de voces”, más propio de la tragedia, así como un formato de guión teatral, que alterna con el texto novelístico. Tanto el coro de voces como el guión teatral aparecen en los pasajes de mayor dramatismo –la voz interior que lo impulsa a viajar a las Indias; el flagelamiento en Potosí; el asesinato de Ursúa; la derrota y muerte del propio Lope de Aguirre...– que parecen rebasar la comprensión de una psiquis individual.

A diferencia del anterior, el narrador testigo de *El País de la Canela*, que usa un lenguaje racional e ilustrado; el conjunto de voces de *Lope de Aguirre...* muestra una tendencia a

Se trata de dos novelas que, por muchos aspectos, terminan dibujando un círculo narrativo, porque el narrador testigo de *El País de la Canela* es un sobreviviente del viaje de Pizarro, que está a punto de embarcarse, dos décadas después, en la expedición de Ursúa, tema central de *Lope de Aguirre...*

la introspección, al monólogo interno, en los límites de la esquizofrenia. El propio Lope de Aguirre, en tanto narrador de sí mismo, construye su propio perfil psicológico, torturado, que lo autoriza a emprender una aventura demencial. De modo parecido se comporta el narrador omnisciente, quien no solo narra los hechos, sino que también dialoga con los personajes, los interpela con dureza o con afecto, los condena o los justifica de manera emocional.

La noción de viaje

Voy a condensar algunas nociones de viaje que propone la investigadora franco-chilena Nelly Richard en el contexto del arte contemporáneo que, sin embargo, bien pueden orientar la lectura de la historia.² Según Richard, el viaje es la aventura de cruzar una geografía, una odisea en el espacio que trae extravíos y desorientaciones. En otro sentido, es el cuerpo rumbo a lo desconocido, una práctica de extrañamiento marcada por la alteración de las coordenadas espacio-temporales. El viaje, dice Richard, es la renuncia a un marco fijo de referencias, la pérdida de los hábitos (memoria y tradiciones) que guían nuestra cotidianidad, nuestra rutina y nuestros trayectos. Y concluye: el viaje, más allá del desplazamiento geográfico, es romper una relación de continuidad y de pertenencia, es renunciar a un centro.

Yo agregaría que el viaje es una alteración del mundo previsible. El que viaja busca, consciente y voluntariamente, una experiencia de transformación personal. Desde esa perspectiva, las dos novelas en cuestión plantean una noción de viaje unidimensional, que entra en conflicto con lo que hemos planteado.

El viaje de los conquistadores, tanto en la obra de Ospina como en la de Otero Silva, no es un viaje de transformación personal, de trascendencia de los propios límites, de renunciamiento a un centro, sino más bien un viaje de afirmación, de expansión de su propia certeza. Ni las tropas de Pizarro ni las de Ursúa viajan para conocer otro mundo, sino para afianzar el suyo propio en otro lugar, para reafirmar su modo de ser y estar en el mundo. No viajan para aprender sino para enseñar. La prueba es que entran a la Amazonía con armadura, botas, cerdos, llamas, caballos, cañones...

² Ver: Richard, Nelly *La cita amorosa (sobre la pintura de Juan Dávila)*, pdf, sf

Según el narrador de *El País de la Canela...*:

Tal vez Pizarro armó esa expedición delirante para que tantas formas conocidas nos recordaran el mundo del que procedíamos, para no enloquecer ante los caprichos de la naturaleza por tierras tan distintas, pero la solución para que cada uno de nosotros no enloqueciera consistió en que toda la expedición fuese una locura. (Ospina 2008: 96)

Dramatización del conflicto ético

Según explica Hayden White en su *Metahistoria*, todo narrador (historiográfico o literario) desarrolla una voluntad argumentativa, un impulso mediante el cual intenta explicar "el sentido de todo eso" (White, 1998). Es decir, un efecto explicatorio. Si ponemos en diálogo el pensamiento de White con la teoría de la comunicación, podemos decir que todo narrador procura construir un modelo interpretativo de los hechos narrados.

White considera que uno de los caminos para lograr un efecto explicatorio es el de la argumentación formal, que puede ser: formista, organicista, mecanicista, contextualista. En mi criterio, se trata de un esquema demasiado rígido, pero que tiene una utilidad orientadora. Así, podemos decir que las dos novelas se acercan a los modelos de argumentación organicista y contextualista de White.

Son organicistas porque conciben las individualidades (conciencias individuales) como componentes de totalidades (conciencia colectiva) de la época. Y son contextualistas, en la medida en que establecen un conjunto de relaciones significativas, que se presume que ocurrieron en determinado momento y lugar. Todo ello permite reconocer un efecto explicatorio de al menos tres dilemas éticos.

a. El sentido ambivalente de la traición

Orellana traiciona a Pizarro, primero, y Lope de Aguirre traiciona a Ursúa, después. En los dos casos traicionan para liberar, al menos en su proyección psíquica. Orellana libera de una muerte casi segura a su grupo, atascado entre la selva y el río. Lope de Aguirre quiere liberarse a sí mismo de sus fantasmas y liberar a las Indias de la tiranía española. El dilema ético de la traición es un tema presente en el

imaginario de la humanidad desde la religión y los mitos fundacionales hasta la conquista de América y las guerras mundiales.

El narrador de *El País de la Canela* es premonitorio desde las primeras páginas: "El mundo de los incas, que hizo ricos a muchos aventureros, ahora incubaba entre ellos rencores y envidias, y las riquezas se estaban cambiando de prisa en arcabuces y en espadas, porque más habían tardado en ser los amos del reino que en tener que empezar a defenderse unos de otros." (Ospina 2008: 20)

La lucha de Lope de Aguirre cambia de dirección varias veces según las manifestaciones de la traición. Del impulso inicial de conquistar territorios para el rey, pasa a la búsqueda de venganza por las injusticias cometidas contra él mismo por los representantes de ese rey; del objetivo principal de la expedición, que es la conquista del reino de los Omaguas y la búsqueda de El Dorado, pasa a la rebeldía y emprende una campaña por la liberación del Perú, que no llega a cobrar cuerpo por la cadena de traiciones en el camino. Al final, la única lucha que Lope de Aguirre reconoce antes de morir es contra la traición.

El mismo Lope de Aguirre, en la carta que le escribe a Carlos V, dice:

Se han visto mis ojos obligados a presenciar las hazañas de los Pizarros y los Almagros, y de aditamento las pependencias entrellos mismos, porfía que ha acabado por apartarlos deste mundo, tanto a los unos como a los otros. Por cierto que no lidiaban entre sí por afición a Vuestra Majestad, ni por mayor gloria de España, sino por el apetito de oro que les movía todos los huesos... (Otero Silva, 1973: 42)

Después, al consumar el asesinato de Ursúa:

...¡Soldados, mis marañones! Las muertes del tirano Pedro de Ursúa y de su secuaz Juan de Vargas no han sido ejecutadas por antojo de nuestra maldad, ni por envidia nuestra a sus cargos, ni para aprovecharnos de sus bienes materiales. Hemos hecho justicia quitándoles el mando y dándoles la muerte pues el sacrificio de esas dos vidas mezquinas convenía a la salvación de doscientas vidas preciosas que en esta empresa vienen consumiéndose, y a la

libertad de millares de hombres humanos que en el Perú padecen desmanes de los virreyes, afrentas de los jueces y hambres de los oidores... (Otero Silva, 1973: 165)

Cuando el narrador de *El País de la Canela* es interrogado acerca de cuál fue la intención de Orellana al abandonar a Pizarro dice: "Cuando sostenemos el cuerpo de un amigo que cuelga sobre el abismo y que amenaza con arrastrarnos en su caída, ¿es accidente o es traición el momento en que flaquea nuestra fuerza?" (Ospina, 2008: 343)

b. El impulso de dominación

La novela de Ospina es una gran disquisición acerca del impulso unificador por sobre la realidad diversa. Unificar es una forma de dominar parece ser la premisa filosófica del texto. Por ello, el narrador desarrolla un relato de la expedición como un viaje de imposición, de borramiento de todo lo distinto. Aunque la selva se presentaba como el reino de la diversidad, ellos querían que todo fuera una gran extensión de árboles de canela.

Comienza su testimonio citando a su maestro, Teofrastus:

Es eso lo que hacemos desde cuando surgió la voluntad. Apretar en el puño una polvareda de estrellas para tratar de condensarlas en un sol irradiante. Reducir a la arcilla las estatuas de todos los dioses para alcanzar de su masa un dios único, desgarrado de contradicciones, atravesado de paradojas y por ello lastrado de imposibles. (Ospina, 2008: 11)

Y después lo ratifica:

Acostumbrado a las alamedas y los olivares, a los robledos y los pinares que se encuentran al otro lado del mar, Gonzalo Pizarro ignoraba, como todos nosotros, que esa región del mundo no produce bosques de una sola variedad de árboles, y nada le parecía más natural que la posibilidad de hallar un interminable bosque de canela. (Ospina, 2008: 129)

Este impulso de dominación está fuertemente relacionado con la noción de viaje que hemos desarrollado anteriormente. El viaje como certeza y no como pregunta.

c. La apropiación del mundo por medio del lenguaje

Sin embargo, el impulso de dominación no opera solamente en la materialidad de las cosas, sino también en las elaboraciones mentales sobre la realidad. Ahí hay una dramatización de un tema fundamental de la historia: la lucha por el control del relato. En el caso de los conquistadores, el impulso de dominación también opera en la capacidad de nombrar, de traducir, de hacer inteligible la realidad. Podemos decir que está fuertemente relacionado con la capacidad de verbalizar la experiencia y fijarla en la escritura. El documento como fetiche.

El narrador de *El País de la Canela* dice: "Solo cuando se convierte en relato el mundo al fin parece comprensible (...) Al soplo de los hechos, todo va gobernado por la incertidumbre, y los únicos seres que parecen coherentes son aquellos que, a falta de saber cómo terminarán las cosas, tienen claro un propósito que buscan imponerle a la realidad" (Ospina, 2008: 106)

Hay en ello una clara alusión a la figura de Orellana, el jefe de la expedición, quien escribe un diario en sus momentos de espera, pero también traduce los lenguajes de los indios que encuentran a lo largo del río. Cuando no puede escribir porque se le ha perdido el grafito; ni traducir porque no entiende las nuevas lenguas, se inventa las palabras. Tiene que decir algo, su dominio y control del grupo depende de su capacidad para verbalizar lo que ocurre, en producir imágenes mentales para los demás, en construir una esperanza al final del viaje.

El narrador se pregunta:

¿Qué es la selva? Cuando vas por el río lo sabes, porque lo que estás viendo es exactamente lo mismo que no ves (...) En vano intentaríamos nombrarla, enumerarla, porque esa es la clave de la diferencia entre aquel mundo y el nuestro: que en nuestro mundo todo puede ser accesible, todo puede ser gobernado por el lenguaje, pero esa selva existe porque nuestro lenguaje no puede abarcarla. (Ospina, 2008: 144)

Y luego profundiza esta reflexión:

Casi un mes después de estar oyendo sus relatos me persuadí de que estaba mintiendo, aunque vi necesaria su mentira. El capitán no podía entender todo lo que Wayana le iba diciendo. Traducir de una manera tan fluida e inmediata lo que un indio dice es imposible sin la ayuda de la imaginación (...) Parecía traducir pero en realidad recordaba e inventaba lo que los demás necesitábamos oír. Cualquier dato suelto, cualquier nombre, servía para armar un relato que entretuviera a la tripulación y alimentara sus esperanzas. (Ospina, 2008: 263)

La capacidad de nombrar y de verbalizar así como la de dejar huella y constancia de su paso por el mundo resultan un elemento clave en las historias de conquista. Ese es un rasgo común a los personajes centrales de las dos historias.

Al inicio de la novela de Otero Silva, al abuelo de Lope de Aguirre le cortan la lengua por insultar al alcalde de su pueblo. Ese es uno los primeros recuerdos y resulta determinante en la personalidad futura de este personaje. Quizá hay un rasgo psicoanalítico el que propone el autor, por el cual Lope de Aguirre tiene una especial disposición a dejar constancia por escrito de sus actos. Quiere gobernar la realidad mediante el lenguaje.

Recordemos sólo algunos pasajes que dan cuenta de esta vocación por verbalizar la experiencia. Mientras prepara la muerte de Ursúa, escribe una lista con los que tienen que vivir y los que tienen que morir (p. 152); una vez que han asesinado a Ursúa, todos se reparten cargos y firman un acta en la que Lope de Aguirre firma como "el traidor" (p. 172); luego le escribe una carta a Felipe II en la que le declara la guerra (p. 181); más adelante, cuando por fin toma el mando de la expedición, ordena redactar un acta de desnaturalización de España (p. 204); después, durante su campaña hacia el Perú, perdona un acto de traición de su subordinado Pedrarias de Alместo porque se trata de su escribano y todavía no ha terminado de escribir la carta que le estaba dictando para Felipe II (p. 304) y así, se pueden encontrar muchas huellas de este recurso de apropiación del mundo.

Las multitudes monstruosas

Tanto la expedición de Pizarro como la de Ursúa están compuestas por miles de personas. Se trata entonces de multitudes que viajan. Un primer nivel de representación de estas multitudes parece estar ligado a lo monstruoso, a lo deforme y, en resumen, a lo violento.

Si pensamos brevemente en una genealogía de lo monstruoso, hay una constante histórica que consiste en asociar al monstruo con la deformación física y la perversión moral. Los autores de ambas novelas capitalizan esa idea en la representación de estas multitudes.

Muchos expedicionarios provenían de la masa de soldados veteranos y cesantes que vagaban sin oficio y con peligro de convertirse en enemigos públicos. Había mutilados por batallas anteriores (deformación física), que además estaban siendo procesados por traición y pillaje (perversión moral) y había que buscar una manera de liberar al cuerpo social colonial de esa amenaza.

En el imaginario medieval, los monstruos pertenecen a la oscuridad y hay que devolverlos a ese lugar. De alguna manera, en la temprana colonia estaba operando una lógica de limpieza. Pero mientras la tendencia era recluir a los monstruos en la oscuridad de las mazmorras, en el caso de las expediciones de conquista, se trataba de una limpieza hacia afuera, que eliminaba a los monstruos enviándolos a los extramuros, a lo desconocido, para que no regresen.

El personaje Lope de Aguirre, en tanto narrador testigo, lo ve así:

Ya no puede el virrey Marqués de Cañete ahorcar de un golpe a cuatro mil soldados españoles que andamos dando tumbos por el Perú sin ocupación y sin blanca, y como sabe de sobra que el hambre y la ociosidad son el origen de todas las rebeldías, pues nos ofrece entradas y descubrimientos hacia el Sur y hacia el Oriente, por en medio de selvas tenebrosas y ríos indómitos, que si hallamos la gloria será para el Rey y si hallamos la muerte será para nosotros.... (Otero Silva, 1973: 102) 📖

Bibliografía

Ospina, William, *El país de la canela*, Norma, Bogotá, 2008

Otero Silva, Miguel, *Lope de Aguirre Príncipe de la Libertad*, Casa de Las Américas, La Habana, 1982

Rivas, Luz Marina, *La novela intrahistórica...* Ediciones el otro el mismo, Mérida, 2004

Richard, Nelly *La cita amorosa* (sobre la pintura de Juan Dávila), pdf, sf

White, Hayden, *Metahistoria*, Fondo de Cultura Argentina, Buenos Aires, 1998